

**DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA**

**LA VERDAD COMO  
VALOR EN LA  
DOCTRINA SOCIAL  
DE LA IGLESIA**

**Conferenciante: Francisco León García**

# LA VERDAD COMO VALOR FUNDAMENTAL EN LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

## ÍNDICE

- I. Introducción.**
- II. Valores y principios de la D.S.I.**
- III. ¿Qué es un valor?**
- IV. Dios, fundamento de la verdad.**
- V. La verdad y la misión de la Iglesia.**
- VI. La verdad en relación con los valores de la justicia, la libertad y la paz.**
- VII. Mensaje de paz Juan Pablo II (1 de enero de 1980)**

### **I. Introducción**

Nos encontramos ante un tema muy concreto de la Doctrina Social de la Iglesia, como es el valor de la verdad, que junto a los otros valores fundamentales y a los principios permanentes, tratan de proponer los cimientos de una sociedad donde la vida del hombre sea cada día más digna.

Aun reconociendo la autonomía de las realidades temporales, la Iglesia sabe, no obstante, que las leyes descubiertas y aplicadas por el hombre en la vida social no garantizan por sí mismas, casi mecánicamente, el bien de todos.

En efecto, esas realidades temporales se deben aplicar bajo la dirección de los valores que se derivan del concepto de la dignidad de la persona humana; de tal manera que los valores manifiestan la prioridad de la ética sobre la técnica, la primacía de la persona sobre las cosas y la superioridad del espíritu sobre la materia.

### **II. Los valores y los principios de la D.S.I.**

Los principios de reflexión de la D.S.I., en cuanto leyes que regulan la vida social tienen un importancia vital, lo cual explica por qué la Iglesia los ha propuesto siempre con insistencia como verdaderos fundamentos de la sociedad, teniendo en cuenta la gran complejidad de nuestra sociedad contemporánea. De ahí la necesidad de promover determinados valores

como fundamento de una nueva sociedad. Es, pues, necesario que la Iglesia intensifique el proceso de formación con el fin de hacer comprender no sólo a los individuos sino también a la opinión pública, al menos en los Países donde su presencia y se permite su acción, la necesidad de defender y promover los valores fundamentales de la persona humana, sin los cuales no podrá haber un verdadero desarrollo humano y completo de toda la sociedad.

Por esto, no será posible poner las bases del auténtico desarrollo humano, pedido por la Iglesia en su Magisterio social más reciente, sin una reafirmación permanente de la dignidad de la persona humana y de sus exigencias éticas y trascendentes; sin una ética de responsabilidad y solidaridad entre los pueblos y de justicia social; sin una revisión del sentido del trabajo, que conlleva una redistribución más equitativa del mismo; y todo ello, fundamentado en el valor de la verdad.

La relación entre principios y valores es indudablemente de reciprocidad, en cuanto que los valores sociales expresan el aprecio que se debe atribuir a aquellos determinados aspectos del bien moral que los principios se proponen conseguir, ofreciéndose como puntos de referencia para la estructuración oportuna y la conducción ordenada de la vida social. Los valores requieren, por consiguiente, tanto la práctica de los principios permanentes de la vida social, como el ejercicio personal de las virtudes y, por ende, las actitudes morales correspondientes a los valores mismos.

La práctica de los valores es el camino seguro y necesario para alcanzar la perfección personal y una convivencia social más humana; constituyen la referencia imprescindible para los responsables de la vida pública, llamados a realizar las reformas sustanciales de las estructuras económicas, políticas, culturales y tecnológicas, y los cambios necesarios en las instituciones.

El respeto de la legítima autonomía de las realidades terrenas lleva a la Iglesia a no asumir competencias específicas de orden técnico y temporal, pero no le impide intervenir para mostrar cómo, en las diferentes opciones del hombre, estos valores son afirmados o, por el contrario, negados.

### **III. ¿Qué es un valor?**

Para el ser humano siempre han existido cosas valiosas: el bien, la verdad, la belleza, la felicidad, la virtud. Sin embargo, ha variado el criterio para darles valor a través de los tiempos. Se puede valorar de acuerdo con

criterios estéticos, esquemas sociales, costumbres, principios éticos o, en otros términos, por el costo, la utilidad, el bienestar, el placer, el prestigio.

El concepto de valor abarca contenidos y significados diferentes y ha sido abordado desde diversas perspectivas y teorías.

En sentido humanista, valor es lo que hace que un hombre sea tal, sin lo cual perdería la humanidad o parte de ella; aquí se refiere a una perfección o excelencia (v. gr. Decir la verdad y ser honesto; ser sincero en vez de falso; trabajar y no robar). La práctica del valor desarrolla la humanidad de la persona, mientras que el contravalor lo despoja de esa cualidad. Los valores son considerados referentes, pautas o abstracciones que orientan el comportamiento humano hacia la transformación social y la realización de la persona. Son guías que dan determinada orientación a la conducta y a la vida de cada individuo y de cada grupo social.

Hay quienes piensan que los valores no son reales, no valen en sí mismos, sino que son las personas quienes les otorgan un determinado valor, dependiendo del agrado o desagrado que producen. Son subjetivos, dependen de la impresión personal del ser humano.

Otros afirman que el valor es una idea o conceptos que comparten las personas; por lo tanto no son concretos, no se encuentran en el mundo sensible y objetivo, sino en la mente donde cobran valor, se aprehenden, cobran forma y significado.

Otros consideran que los valores son ideales y objetivos, valen independientemente de las cosas y de las estimaciones de las personas.

Pero también hay quienes afirman que los valores son reales; valores y bienes son una misma cosa.

¿Cómo expresa el ser humano sus valoraciones? Incluye una compleja serie de condiciones intelectuales y afectivas que suponen la toma de decisiones, la estimación y la actuación. Las personas cuando prefieren, estiman, eligen unas cosas en lugar de otras, formulan metas y propósitos personales, es decir, valoran. Las valoraciones se expresan mediante creencias, intereses, sentimientos, convicciones, actitudes, juicios de valor y acciones. Desde el punto de vista ético, la importancia del proceso de valoración deriva de su fuerza orientadora en aras de una moral autónoma del ser humano.

La clasificación de los valores varían según las jerarquías valorativas; fluctúan de acuerdo a las variaciones del contexto. Pero la mayoría de las clasificaciones propuestas incluye la categoría de valores éticos y valores morales. Según Max Scheler: Agradable y desagradable, vitales, espirituales (bello, feo, justo, injusto), religiosos (santo y profano). Marín Ibáñez: Valores técnicos, económicos y utilitarios; vitales (educación física, para la salud); estéticos (literarios, musicales, pictóricos); Intelectuales (Humanísticos, científicos y técnicos); morales( individuales y sociales); trascendentales (cosmovisión, filosofía, religión).

El cultivo de los valores mediante la práctica de las diversas virtudes por el hombre, hacen de éste creyente o santo, pensante, artista, sociable, amante de sus tradiciones, político, patriota, sano o deportista, ecologista, bueno, libre, democrático, comprometido, etc. Lo cual no quiere decir que favorecer algún tipo de valores excluya o dé de lado a los demás valores. Si así ocurriera el hombre no se desarrollaría de manera integral, sino parcial.

Una de las claves en la importancia de los valores, es que nos hacen convivir como seres humanos. El egoísmo y la mentira no hacen sino destruir a la sociedad, por eso no nos sorprendemos que el mundo vaya tan mal, parecer ser que ser bueno ha pasado de moda.

Y es que los valores son la columna vertebral de una convivencia sana entre seres humanos, pero comenzándolo todo por la persona.

Mientras no resolvamos nuestra crisis de valores individual y nuestras acciones sean congruentes, seguiremos viviendo en un mundo donde es los mismo ser fiel que traidor, ignorante, sabio, chorizo, generoso, estafador; todo es igual, nada es mejor, lo mismo un burro que un gran profesor, etc.

#### **IV. Dios, fundamento de la verdad.**

Recogiendo textos del Concilio Vaticano II y del Catecismo de la Iglesia Católica, nos encontramos las siguientes ideas:

*En nuestra época [el hombre] ha obtenido éxitos extraordinarios en la investigación y en el dominio del mundo material. Siempre, sin embargo, ha buscado y ha encontrado una verdad más profunda (G.S. 15). Al afirmar, por tanto, en sí mismo la espiritualidad y la inmortalidad de su alma, no es el hombre juguete de un espejismo ilusorio provocado solamente por las condiciones físicas y sociales exteriores, sino que toca, por el contrario, la verdad más profunda de la realidad. (G.S. 14).*

La verdad del hombre está encerrada en Dios, Creador y hacedor de la criatura humana, aunque ésta, y con mucha razón, en virtud de su inteligencia, esté por encima de todo el universo material; una verdad que está garantizada por Dios, que es la Verdad misma (CEC 104), sus palabras no pueden engañar. Por Ello el hombre se puede entregar con toda confianza a la verdad y a la fidelidad de la palabra de Dios en todas las cosas. (CEC.215).

La verdad de Dios es su sabiduría que rige todo el orden de la creación y del gobierno del mundo (cf. Sab. 13, 1-9). Él es el único que puede dar el conocimiento verdadero de todas las cosas creadas en su relación con Él (Cf. Sab. 7, 17-21). La enseñanza que viene de Dios es “una doctrina de verdad” (Mal. 2, 6); envió a su Hijo al mundo para “dar testimonio de la verdad” (Jn. 18, 37), de una verdad que hará verdaderamente libres a los hombres (Jn. 8, 31-32).

Afirmaba León XIII en 1890: *“Porque Dios es la primera y suma verdad; es asimismo la santidad perfecta y el bien sumo, al cual la voluntad sólo puede aspirar y acercarse guiada por la virtud”*<sup>1</sup>. Y Dios, en su sabiduría infinita, “también ha creado al hombre inteligente y libre a imagen y semejanza suya, constituyéndolo como señor de todas las cosas, según exclama el mismo salmista: *Has hecho al hombre un poco inferior a los ángeles, le has coronado de gloria y honor, y lo has colocado sobre las obras de tus manos. Todo lo has puesto bajo sus pies*”<sup>2</sup>.

Juan XIII, en la *Pacem in Terris*, decía: “Ahora bien, este orden moral –universal, absoluto e inmutable en sus principios- encuentra su exclusivo fundamento en el verdadero Dios personal y trascendente... Él es la Verdad primera del sumo Bien; y, por tanto, la fuente más profunda de la que puede extraer su genuina vitalidad una sociedad ordenada, fecunda y que corresponda a la dignidad de las personas humana que la componen” (38).

Este plan de Dios que comienza desde la eternidad en Cristo, “Imagen” perfecta del Padre, y culmina en Él, “primogénito de entre los muertos”, se inserta en nuestra historia, marcada por nuestro esfuerzo personal y colectivo por elevar la condición humana, vencer los obstáculos que surgen siempre en nuestro camino, disponiéndonos así a participar en la plenitud que “reside en el Señor” y que Él comunica a su Cuerpo, la Iglesia (Ef. 1, 22-23), mientras el pecado, que siempre nos acecha y compromete nuestras realizaciones humanas, es vencido y rescatado por la

---

<sup>1</sup> Sapientiae Christianae, n. 1.

<sup>2</sup> Sal. 8, 5-6.

“reconciliación” obrada en Cristo (Col. 1, 20). De tal manera, que no puede hacer autoridad alguna verdadera y legítima si no proviene de Dios, soberano y supremo Señor de todos, a quien únicamente pertenece el dar poder al hombre sobre el hombre; ni se ha de juzgar recta la razón cuando se parta de la verdad y la razón divina, ni verdadero bien el que repugna al bien sumo e inmutable, o tuerce las voluntades humanas y las separa del amor de Dios<sup>3</sup>.

Por el contrario, los cristianos, los cuales saben qué han de creer por la iglesia, con cuya autoridad y guía están ciertos que conseguirán la verdad. No apoyándose la fe cristiana en la autoridad de la razón humana, sino de la divina, porque las cosas que hemos recibido de Dios “*creemos que son verdaderas, no porque con la luz natural de la razón veamos la verdad intrínseca de las cosas, sino por la autoridad del mismo Dios que las revela, el cual no puede engañarse ni engañarnos*”<sup>4</sup>. Por otra parte, los que por única guía tienen a la razón, muy difícil, si no imposible, es que puedan tener unidad de doctrina, porque el arte de conocer las cosas es por demás difícil, y nuestro entendimiento, débil por naturaleza, es atraído en sentidos distintos por las diversas opiniones y a menudo engañado por la impresión de la presentación externa de las cosas; a lo cual se agregan los deseos desordenados, que muchas veces o quitan o por lo menos disminuyen la facultad de ver la verdad. Por eso, en el gobierno de los pueblos se recurre muchas veces a mantener unidos por la fuerza aquellos cuyos ánimos están discordantes.

## V. La verdad y la misión de la Iglesia

En el conocimiento de esta verdad, que es la perfección suma del entendimiento, y en el amor divino, que de igual modo perfecciona la voluntad, consiste toda la vida y libertad cristiana. Y ambas cosas, la verdad y la caridad, como patrimonio nobilísimo legado a la Iglesia por Jesucristo, lo conserva y defiende ésta con incesante esmero y vigilancia<sup>5</sup>.

La Iglesia, que tiene el sagrado deber de custodiar, interpretar y proclamar el depósito de la fe que ha recibido, de hecho enseña y defiende la verdad, comunica las fuerzas sobrenaturales de la gracia, para realizar el orden establecido por Dios de los seres y de los fines, último fundamento y norma directiva de toda convivencia social (democracia)<sup>6</sup>. Ella tiene la misión de anunciar al mundo, ansioso de mejoras más perfectas formas de

---

<sup>3</sup> Sapientiae Christianae, n. 3.

<sup>4</sup> Conc. Vat. I. Constitución “*Dei filius*”, c. 3.

<sup>5</sup> *Ibidem*, 4

<sup>6</sup> Pío XII (1.944): *Solemnitas et Benignitas*, n 44

democracia, el mensaje más alto y más necesario que pueda existir, la dignidad del hombre, la vocación a la filiación divina<sup>7</sup>.

La iglesia lleva a cabo este servicio predicando la verdad sobre la creación del mundo, que Dios ha puesto en las manos de los hombres para que lo hagan fecundo y perfecto con su trabajo y predicando la verdad sobre la Redención, mediante la cual el Hijo de Dios ha salvado a todos los hombres y, al mismo tiempo, los ha unido entre sí haciéndolos responsables unos de otros<sup>8</sup>.

Es por eso que nuestro tiempo requiere una intensa actividad educativa<sup>9</sup> y un compromiso correspondiente por parte de todos, para que la búsqueda de la verdad, que no se puede reducir al conjunto de opiniones o alguna de ellas, sea promovida en todos los ámbitos y prevalezca por encima de cualquier intento de relativizar sus exigencias o de ofenderla<sup>10</sup>.

En su mensaje de Navidad “*Con Sempre*” del año 1942, Pío XII, en medio de las calamidades de la II Guerra Mundial, decía: “*Y precisamente a vosotros, jóvenes, inclinados a volver la espalda al pasado y dirigir al futuro la mirada de las aspiraciones y esperanzas, os decimos, movidos por vivo amor y por paterna solicitud: el entusiasmo y la audacia no bastan por sí solos si no se hallan puestos, como es necesario, al servicio del bien y de una bandera inmaculada. Vano es agitarse, fatigarse y afanarse sin apoyarse en Dios y en su ley eterna. Debéis estar animados del convencimiento de combatir por la verdad y de hacerle entrega de las propias simpatías y energías, de los anhelos y de los sacrificios; de combatir por las leyes eternas de Dios, por la dignidad de la persona humana y por la consecución de sus fines*” (n. 23).

León XIII decía: “Porque es tan grande y universal extravío de opiniones, deber es de la Iglesia tomar el patrocinio de la verdad y extirpar de los ánimos el error; ceder el puesto al enemigo, o callar cuando de todas partes se levante incesante clamoreo para oprimir a la verdad, es propio, o de hombre cobarde, o de quien duda está en posesión de las verdades que profesa. Lo uno y lo otro es vergonzoso e injurioso a Dios; lo uno y lo otro, contrario a la salvación del individuo y de la sociedad: ello aprovecha

---

<sup>7</sup> *Ibidem*, 46.

<sup>8</sup> Juan Pablo II, *Centessimus agnus*, n. 51.

<sup>9</sup> Congregación para la Educación Católica: *Orientaciones para el estudio y enseñanza de la doctrina social de la Iglesia en formación de los sacerdotes*, n. 198; Concilio Vat. II, *Gaudium et spes*, n. 61; Pablo VI, *Populorum progressio*, n. 35; Juan Pablo II, *Sollicitudo rei sociales*, n. 44; Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertatis conscientia*, n. 99.

<sup>10</sup> Conc. Vat. II, *Gaudium et spes*, n. 16; Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 2464-2487.

únicamente a los enemigos del nombre cristiano, porque la cobardía de los buenos fomenta la audacia de los malos<sup>11</sup>.

No somos ajenos hoy, y todos captamos el mundo de mentira en que nos desenvolvemos en todos los órdenes de la vida, de las relaciones humanas, de la forma de practicar el poder por parte de quienes gobiernan, y de las confusiones, aún del mismo lenguaje que tiene que permitirnos un mundo de entendimiento a lo hora de expresar las ideas en nuestras mutuas relaciones. Por eso, y tal vez hoy más que nunca, hemos de abanderar el valor de la verdad en toda su grandeza: la verdad del hombre para con Dios, la verdad del hombre para consigo mismo, la verdad del hombre en la relación social y con la naturaleza en la que se haya inserto.

Por ello, el hombre tiene una especial obligación de tender continuamente hacia la verdad, respetarla y atestiguarla responsablemente<sup>12</sup>. Vivir en la verdad tiene un importante significado en las relaciones sociales: la convivencia de los seres humanos dentro de la comunidad, en efecto, es ordenada, fecunda y conforme a su dignidad de personas, cuando se funda en la verdad<sup>13</sup>. Las personas y los grupos sociales cuanto más se esfuerzan por resolver los problemas sociales según la verdad, tanto más se alejan del arbitrio y se adecuan a las exigencias objetivas de la moralidad.

## **VI. La verdad y los valores de justicia, libertad, la paz y el amor.**

No podemos perder de vista que estamos ante un conjunto armonioso de valores que están interrelacionados, la mengua del cualquiera de ellos, lleva consigo la desaparición o el deterioro de los demás. Todos ellos están en función de la dignidad de la persona humana; de tal manera que la vivencia de los valores fundamentales de la doctrina social de la Iglesia, posibilitan que el hombre crezca, que sea cada día mejor hombre y más hombre, permitiendo que el hombre se desarrolle material, humana y espiritualmente, es decir, un desarrollo integral de toda la persona humana.

La necesidad de que todos estos valores fundamentales de la Doctrina Social de la Iglesia se desarrollen de una forma armoniosa y conjunta la vamos a ver expresada a través de distintos documentos de los Papas, cuyas citas recojo para vuestra consideración:

---

<sup>11</sup> León XIII, *Sapientia Christianae*, n. 7

<sup>12</sup> Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2467.

<sup>13</sup> Juan XXIII, *Pacem in terris*, n. 9

**Pío XI, *Non abbiamo bisogno*, n. 1:** La paz interior, esa paz que nace de la plena y clara conciencia de estar del lado de la verdad y de la justicia, y de combatir y sufrir por ellas, esa paz que solamente puede darle Rey divino, y que el mundo es completamente incapaz de dar y quitar.

**Pío XII, *Con Sempre*, n. 31:** No lamentos, acción es la consigna de la hora; no lamentos de lo que es o de lo que fue, sino reconstrucción de lo que surgirá y debe surgir para bien de la sociedad, Animados por un entusiasmo de cruzados, a los mejores y más selectos miembros de la cristiandad toca reunirse en el espíritu de verdad, de justicia y de amor al grito de “¡Dios lo quiere!”, dispuestos a servir, a sacrificarse, como los antiguos cruzados.

*Oggi*, n.51: Pero el alma de una paz digna de este nombre, su espíritu vivificante, no puede ser sino un solo: una justicia que con medida imparcial da a todos lo que a cada uno es debido y exige de todos aquello que a todos da el amor y no hace injusticia a ninguno, una justicia que es hijo de la verdad a la vez que madre de sana libertad y de segura grandeza.

**Juan XXIII, *Pacem in terris*, n. 1:** La paz en la tierra, profunda aspiración de los hombres en todo tiempo, no se puede establecer ni asegurar si no se guarda íntegramente el orden establecido por Dios.

n. 29: Al derecho de todo hombre a la existencia, por ejemplo, corresponde el deber de conservar la vida; al derecho a un nivel de vida digno, el deber de vivir decorosamente; y, al derecho a la libertad de buscar la verdad, el deber de investigarla siempre más amplia y profundamente.

n. 35: La convivencia entre los hombres será consiguientemente ordenada, fructífera y propia de la dignidad de la persona humana si se funda sobre la verdad, según la recomendación del apóstol san Pablo: deponiendo la mentira, hablad la verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros unos de otros ((Ef. 4, 25). Ello ocurrirá cuando cada uno reconozca debidamente los recíprocos derechos y las correspondientes obligaciones; cuando estén vivificados por tal amor, integrada por la libertad.

n. 37: El orden que rige en la convivencia entre los seres humanos es de naturaleza moral. Efectivamente, se trata de un orden que se apoya sobre la verdad, debe realizarse según la justicia, exige ser vivificado y completado por el amor mutuo y, finalmente encuentra en la libertad un equilibrio cada día más razonable y más humano.

n. 45: Y cuando las relaciones de la convivencia se ponen en términos de derechos y obligaciones, los hombres penetran en el mundo de los valores espirituales, y comprenden qué es la libertad, la justicia, el amor, la libertad y adquieren conciencia de ser miembros de tal sociedad.

n. 80: Lo que se dice de las relaciones humanas, también es aplicable a las comunidades políticas (pueblos), que deben armonizar sus relaciones según la verdad y la justicia, en solidaridad generosa y en libertad. Porque la misma ley moral que regula las relaciones entre los hombres es la que debe también regular las relaciones entre los Estados.

n. 149: Téngase presente que todas estas cualidades de ninguna manera bastan para que las relaciones de la vida cotidiana se impronten con una práctica más humana, la cual ciertamente es menester que se apoye en la verdad, se rija por la justicia, se consolide con la mutua caridad y esté afianzada habitualmente por la libertad.

n. 163: A todos los hombres de alma generosa incumbe, pues, la inmensa tarea de restablecer las relaciones de convivencia basándolas en la verdad, en la justicia, en el amor, en la libertad: las relaciones de convivencia de los individuos entre sí, o de los ciudadanos con sus respectivos Estados; o de los varios Estados, unos con otros; o de los individuos, familias, entidades intermedias y Estados respecto a la Comunidad mundial. Tarea ciertamente nobilísima, porque de ella se derivaría la verdadera paz conforme al orden establecido por Dios.

**Pablo VI**, *Populorum progressio*, 42: Es indudable que el hombre puede organizar la tierra sin Dios: pero sin Dios, al fin y al cabo, no puede organizarla sino contra el hombre. Un humanismo exclusivo es un humanismo inhumano. Luego no hay verdadero humanismo si no tiende hacia el Absoluto por el reconocimiento de la vocación, que ofrece la idea verdadera de la vida humana. Lejos de ser la norma última de los valores, el hombre no se realiza a sí mismo sino cuando asciende sobre sí mismo, según la justa frase de Pascal: “*El hombre supera infinitamente al hombre*”.

85: Y si es verdad que el mundo se encuentra en un lamentable vacío de ideas, hacemos un llamamiento a los pensadores y a los sabios, católicos, cristianos, adoradores de Dios, ávidos de lo absoluto, de la justicia y de la verdad, y a todos los hombres de buena voluntad.

*Octogesima Adveniens*, 25: La verdad no se impone más que por la fuerza de la verdad misma, que penetra el espíritu con tanta dulzura como potencia<sup>14</sup>.

41: La forma y la verdad de las relaciones humanas, el grado de participación y de responsabilidad, no son menos significativos e importantes para el provenir de la sociedad que la cantidad y la variedad de los bienes producidos y consumidos. Superando la tentación de querer medirlo todo en términos de eficacia y de cambios comerciales, en relaciones de fuerzas y de intereses, el hombre desea hoy sustituir cada más estos criterios cuantitativos con la intensidad de la comunicación, la difusión del saber y de la cultura, el servicio recíproco, el acuerdo para una labor común.

**Juan Pablo II, *Laborem exercens*, n. 4:** El análisis de estos textos (Génesis) nos hace conscientes a cada uno del hecho de que en ellos -a veces aun manifestando el pensamiento de una manera arcaica- han sido expresadas las verdades fundamentales sobre el hombre, ya en el contexto del misterio de la Creación. Estas son las verdades que deciden acerca del hombre desde el principio y que, al mismo tiempo, trazan las grandes líneas de su existencia en la tierra, tanto en el estado de justicia original como también después de la ruptura, provocada por el pecado, de la alianza original del Creador con lo creado, en el hombre. Cuando éste hecho "a imagen de Dios... varón y hembra"<sup>15</sup>, siente las palabras: "Procread y multiplicaos, y bendecid la tierra; sometedla"<sup>16</sup>. En la realización de este mandato, el hombre, todo ser humano, refleja la acción misma del Creador del universo.

**6:** Esta verdad, que constituye en cierto sentido el meollo fundamental y perenne de la doctrina cristiana sobre el trabajo humano, ha tenido y sigue teniendo un significado primordial en la formulación de los importantes problemas sociales que han interesado épocas enteras.

**7:** En la época moderna, desde el comienzo de la era industrial, la verdad cristiana sobre el trabajo debía contraponerse a las diversas corrientes del pensamiento materialista y "economicista".

**9:** Queriendo precisar mejor el significado ético del trabajo, se debe tener presente ante todo esta verdad. El trabajo es un bien del hombre -es

---

<sup>14</sup> Conc. Vat. II, *Dignitatis humanae*, n. 1

<sup>15</sup> Gén 1, 27.

<sup>16</sup> Gén 1, 28.

un bien de su humanidad-, porque mediante el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre, es más, en un cierto sentido "se hace más hombre".

**12:** El trabajo es siempre una causa eficiente primaria, mientras el "capital", siendo el conjunto de los medios de producción, es sólo un instrumento o la causa instrumental. Este principio es una verdad evidente, que se deduce de toda la experiencia histórica del hombre.

Esta verdad, que pertenece al patrimonio estable de la doctrina de la Iglesia, debe ser siempre destacada en relación con el problema del sistema de trabajo, y también de todo el sistema socio-económico. Conviene subrayar y poner de relieve la primacía del hombre en el proceso de producción, la primacía del hombre respecto de las cosas. Todo lo que está contenido en el concepto de "capital" -en sentido restringido- es solamente un conjunto de cosas. El hombre como sujeto del trabajo, e independientemente del trabajo que realiza, el hombre, él solo, es una persona. Esta verdad contiene en sí consecuencias importantes y decisivas.

**25:** En la palabra de la divina Revelación está inscrita muy profundamente esta verdad fundamental, que el hombre, creado a imagen de Dios, mediante su trabajo participa en la obra del Creador, y según la medida de sus propias posibilidades, en cierto sentido, continúa desarrollándola y la completa, avanzando cada vez más en el descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado.

*Sollicitudo rei socialis*, n. 9: El verdadero desarrollo no puede consistir en una mera acumulación de riquezas o en la mayor disponibilidad de los bienes y de los servicios, si esto se obtiene a costa del subdesarrollo de mucho, y sin la debida consideración por la dimensión social, cultural y espiritual del ser humano.

**29:** Mas para alcanzar el verdadero desarrollo es necesario no perder de vista dicho parámetro, que está en la naturaleza específica del hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza (cf. Gen. 1,26). Naturaleza corporal y espiritual, simbolizada en el segundo relato de la creación por dos elementos: la tierra, con la que Dios modela al hombre, y el hálito de vida infundido en su rostro (cf. Gen 2, 7). ... Pero al mismo tiempo, el hombre debe someterse a la voluntad de Dios, que le pone límites en el uso y dominio de las cosas (cf. Ibid. 2, 16 s.), a la par que le promete la

inmortalidad (cf. *Ibid.* 2, 9, *Sab* 2, 23). El hombre, pues, al ser imagen de Dios, tiene una verdadera afinidad con Él.

**30:** En efecto, el hombre no ha sido creado, por así decir, inmóvil y estático. La primera presentación que de él ofrece la Biblia, lo describe ciertamente como creatura y como imagen, determinada en su realidad profunda por el origen y el parentesco que lo constituye.

**34:** El dominio confiado al hombre por el Creador no es un poder absoluto, ni se puede hablar de libertad de "usar y abusar", o de disponer de las cosas como mejor parezca.

**41:** Por eso la Iglesia tiene una palabra que decir, tanto hoy como hace veinte años, así como en el futuro, sobre la naturaleza, condiciones, exigencias y finalidades del verdadero desarrollo y sobre los obstáculos que se oponen a él. Al hacerlo así, cumple su misión evangelizadora, ya que da su primera contribución a la solución del problema urgente del desarrollo cuando proclama la verdad sobre Cristo, sobre sí misma y sobre el hombre, aplicándola a una situación concreta.

*Centesimus annus*, 3: La libertad con la cual Cristo nos ha liberado (cf. *Gál* 5, I) nos mueve a convertirnos en siervos de todos. De esta manera el proceso del desarrollo y de la liberación se concreta en el ejercicio de la solidaridad, es decir, del amor y servicio al prójimo, particularmente a los más pobres. "Porque donde faltan la verdad y el amor, el proceso de liberación lleva a la muerte de una libertad que habría perdido todo apoyo"<sup>17</sup>.

**4:** En este contexto hay que recordar en particular la Encíclica "Libertas Praestantissimum", en la que se ponía de relieve la relación intrínseca de la libertad humana con la verdad, de manera que una libertad que rechazara vincularse con la verdad, caería en el arbitrio y acabaría por someterse a las pasiones más viles y destruirse a sí misma. En efecto, ¿de dónde derivan todos los males frente a los cuales quiere reaccionar la "*Rerum Novarum*", sino de una libertad que, en la esfera de la actividad económica y social, se separa de la verdad del hombre?

**11:** "El hombre... en la tierra es la sola criatura que Dios ha querido por sí misma"<sup>18</sup>. En él ha impreso su imagen y semejanza (cf. *Gn* 1, 26),

---

<sup>17</sup> Congr. para la Doctrina de la Fe, *Libertatis conscientiae* (22 de marzo de 1986), 24.

<sup>18</sup> Conc. Vat. II, *Const. past. Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 24.

confiriéndole una dignidad incomparable, sobre la que insiste repetidamente la Encíclica.

**17:** Es el error que, como ya se ha dicho, consiste en una concepción de la libertad humana que la aparta de la obediencia de la verdad y, por tanto, también del deber de respetar los derechos de los demás hombres. El contenido de la libertad se transforma entonces en amor propio, con desprecio de Dios y del prójimo; amor que conduce al afianzamiento ilimitado del propio interés y que no se deja limitar por ninguna obligación de justicia<sup>19</sup>.

Sin embargo, el odio y la injusticia se apoderan de naciones enteras, impulsándolas a la acción, sólo cuando son legitimados y organizados por ideologías que se fundan sobre ellos en vez de hacerlo sobre la verdad del hombre<sup>20</sup>.

**23:** La violencia tiene siempre necesidad de justificarse con la mentira y de asumir, aunque sea falsamente, el aspecto de la defensa de un derecho de respuesta a una amenaza ajena<sup>21</sup>

**24:** La verdadera causa de las "novedades", sin embargo, es el vacío espiritual provocado por el ateísmo, el cual ha dejado sin orientación a las jóvenes generaciones y en no pocos casos las ha inducido, en la insoslayable búsqueda de la propia identidad y del sentido de la vida, a descubrir las raíces religiosas de la cultura de sus naciones y la Persona misma de Cristo, como respuesta existencialmente adecuada al deseo de bien, de verdad y de vida que hay en el corazón de todo hombre.

**29:** No es posible ningún progreso auténtico sin el respeto del derecho natural y originario a conocer la verdad y vivir según la misma. A este derecho va unido, para su ejercicio y profundización, el derecho a descubrir y acoger libremente a Jesucristo, que es el verdadero bien del hombre.

**46:** Hoy se tiende a afirmar que el agnosticismo y el relativismo escéptico son la filosofía y la actitud fundamental correspondientes a las formas políticas democráticas, y que cuantos están convencidos de conocer la verdad y se adhieren a ella con firmeza no son fiables desde el punto de

---

<sup>19</sup> Cf. León XIII, Enc. *Libertas praestantissimum*: l.c.,

<sup>20</sup> Cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1980: 71

<sup>21</sup> Cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1980: l.c.,

vista democrático, al no aceptar que la verdad sea determinada por la mayoría o que sea variable según los diversos equilibrios políticos.

La Iglesia tampoco cierra los ojos ante el peligro del fanatismo o fundamentalismo de quienes, en nombre de una ideología con pretensiones de científica o religiosa, creen que pueden imponer a los demás hombres su concepción de la verdad y del bien. No es de esta índole la verdad cristiana.

**49:** El hombre es, ante todo, un ser que busca la verdad y se esfuerza por vivirla y profundizarla en un diálogo continuo que implica a las generaciones pasadas y futuras.

**50:** Pero cuando una cultura se encierra en sí misma y trata de perpetuar formas de vida anticuadas, rechazando cualquier cambio y confrontación sobre la verdad del hombre, entonces se vuelve estéril y lleva a su decadencia.

## **VII. La verdad, fuerza de la paz<sup>22</sup>**

Quiera ir terminando con la exposición de un resumen de la ideas del Mensaje en la Jornada Mundial para la Paz, que escribió el 1 de enero de 1980 el Papa Juan Pablo II:

Si la verdad es cierto que conduce a la paz, la “no-verdad” camina a la par con la causa de la violencia y de la guerra.

Por “no-verdad” hay que entender todas las formas y a todos los niveles de ausencia, rechazo, menosprecio de la verdad: mentira propiamente dicha, información parcial y deformada, propaganda sectaria, manipulación de los medios de comunicación social, etc.

El menosprecio de la verdad lleva a no creer en el hombre con toda su grandeza y su necesidad de redención del mal que hay en él. La ideología que ha mantenido que el progreso del hombre y la humanidad se ha realizado por palucha violenta, analizándolo todo desde las relaciones de fuerza para imponer sus intereses creados, justificando la violencia por la violencia, hace que favorezca sus intereses e ideologías.

---

<sup>22</sup> Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1980*

Construir la paz exige la restauración de la verdad, y ésta se consigue llamando a las cosas por su nombre: al homicidio es un homicidio, a las matanzas de hombres y mujeres, a la tortura y a todas las formas de opresión y explotación del hombre por el hombre, del hombre por el Estado y de un pueblo por otro pueblo. Hay que hacerlo, no para tranquilizar las conciencias, condenar a las personas o pueblos, sino para hacer que la paz sea posible.

Promover la verdad como fuerza de la paz supone un esfuerzo para buscar y encontrar la verdad superior y universal acerca del hombre. Es imposible instalarse en la duda, la sospecha, el relativismo escéptico sin deslizarse rápidamente en la mentira.

La laboriosa búsqueda de la verdad objetiva y universal del hombre, el reconocimiento de su verdadera naturaleza, le llevan al encuentro, al respeto mutuo, a la fraternidad y a la paz.

La paz no se consigue desacreditando al adversario, sus actuaciones y las estructuras en la que se mueve y piensa. El hombre de paz reconoce la parte de verdad que hay en toda obra humana y las posibilidades de verdad que hay en el corazón del hombre.

El deseo de paz no hace cerrar los ojos a las tensiones, injusticias y luchas, sino que las llama por su nombre, trata de investigar sus causas reales para buscar remedios adecuados. El hombre de paz no reduce al adversario al error, sino que intenta ayudarlo a reconocer y a acoger la verdad.

La verdad se realiza también en el diálogo, favoreciendo las iniciativas políticas valientes para eliminar las amenazas a la paz, oponiéndose a las raíces de las injusticias y abriéndose al pleno respeto de la verdad sobre la naturaleza y el destino del hombre, fuente verdadera de paz en la justicia y la amistad.

Jesús revela al hombre su verdad plena, lo reconcilia con Dios, consigo mismo y con los demás. Por eso, la verdad que consolida la paz y la construye incluye el perdón y la reconciliación; rechazarlos significa engañarnos y entrar en la lógica homicida de la mentira.

No es extraño que en el mundo de mentira que nos ha tocado vivir, la violencia que se respira en todos los órdenes de la vida, nos dan a entender

que la verdad brilla por su ausencia, y que ello tiene una importancia extraordinaria, porque la dignidad de la persona humana cada día es más difícil de fomentar, defender y fortalecer.

Quiero terminar con el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 1742): La gracia de Cristo no se opone a nuestra libertad cuando ésta corresponde al sentido de la verdad y del bien que Dios ha puesto en el corazón del hombre.

Muchas gracias.